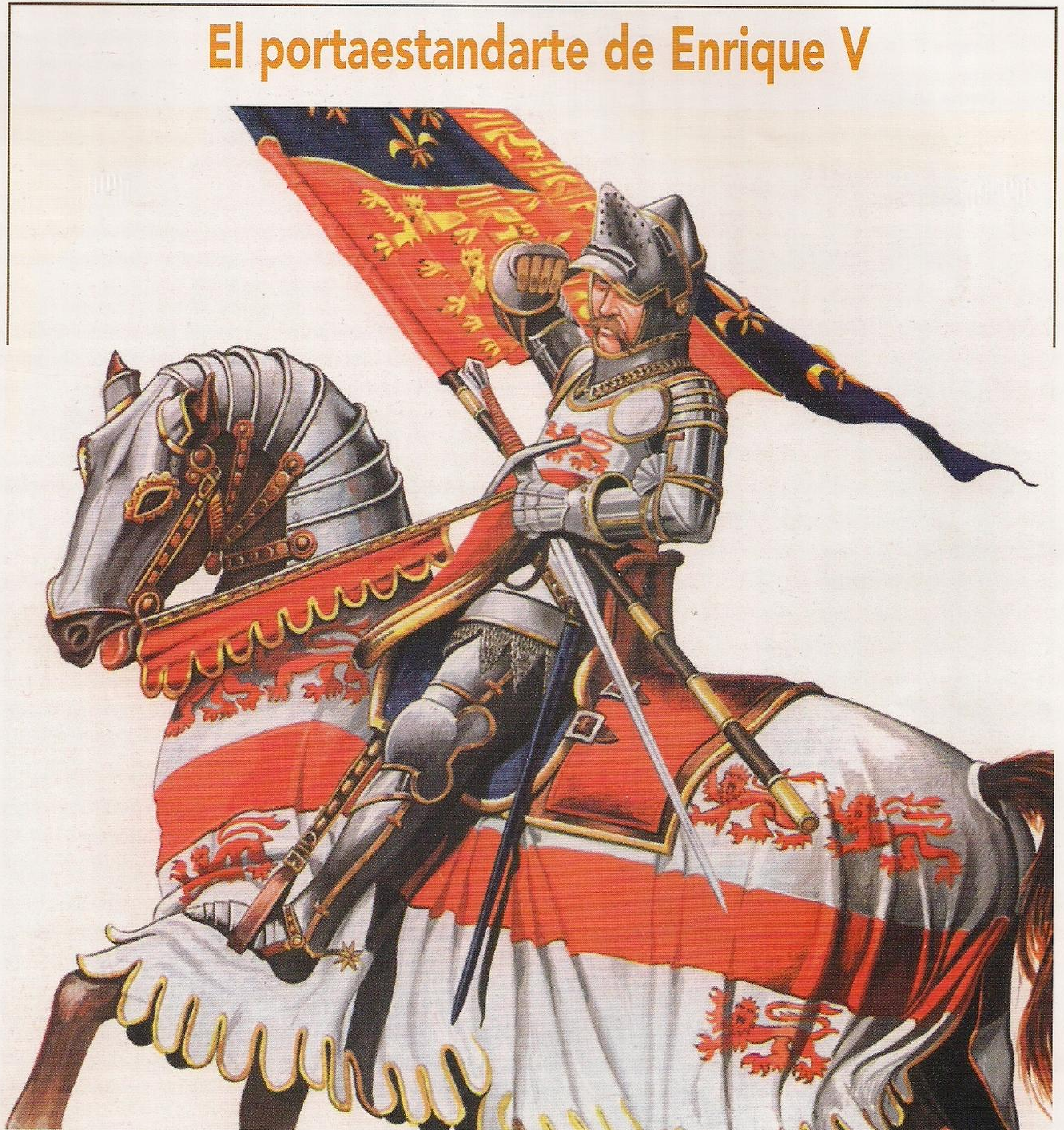
GUERREROS MEDIEVALES

La batalla de Agincourt, 1415

El portaestandarte de Enrique V



SME005

ediciones del Prado

OSPREY PUBLISHING

La Batalla de Agincourt, 1415
Los ingleses vencen a fuerzas superiores

Enrique V se convirtió en rey de Inglaterra en 1413 a los 25 años de edad. A pesar de su juventud, pronto demostró ser uno de los grandes reyes guerreros del país. Era un hombre justo, devoto, atlético, caballeroso, codicioso, implacable y deseoso de recibir honores en el campo de batalla. En muchos sentidos se acerca mucho más al arquetipo de rey cristiano medieval que cualquier otro gobernante de la época.

Cuando subió al trono, la población inglesa estaba cansada de las continuas luchas que habían atormentado al país durante muchos años. Enrique esperaba que una campaña exitosa contra su enemigo, Francia, uniera su reino y estableciera la popularidad de la dinastía Lancaster. Con este fin, presentó una serie de exigencias tan ultrajantes que era claramente imposible que Francia pudiera aceptarlas. Reclamó nada menos que la corona de Francia, todo el antiguo imperio angevino, el ducado de Normandía, la mitad de Provenza, el rescate impagado del rey Juan II (capturado en la batalla de Poitiers), la mano de la hija del rey de Francia y una dote de dos millones de coronas francesas.

Para Francia, las exigencias de Enrique no podían haber llegado en peor momento. Tras un largo periodo de agitación social, Francia había degenerado en la anarquía bajo Carlos "el Loco". Este trágico personaje pasó gran parte de su vida adulta atado a su cama mientras las facciones rivales del país luchaban unas contra otras en la corte y el gobierno. Dos de estas facciones predominaban: la casa de Armagnac y la casa de Borgoña. A la cabeza de los Armagnacs estaba Carlos, duque de Orleáns y sobrino del rey, y a la cabeza del partido contrario, el primo de Carlos, Juan "el Temerario", duque de Borgoña y conde de Flandes.

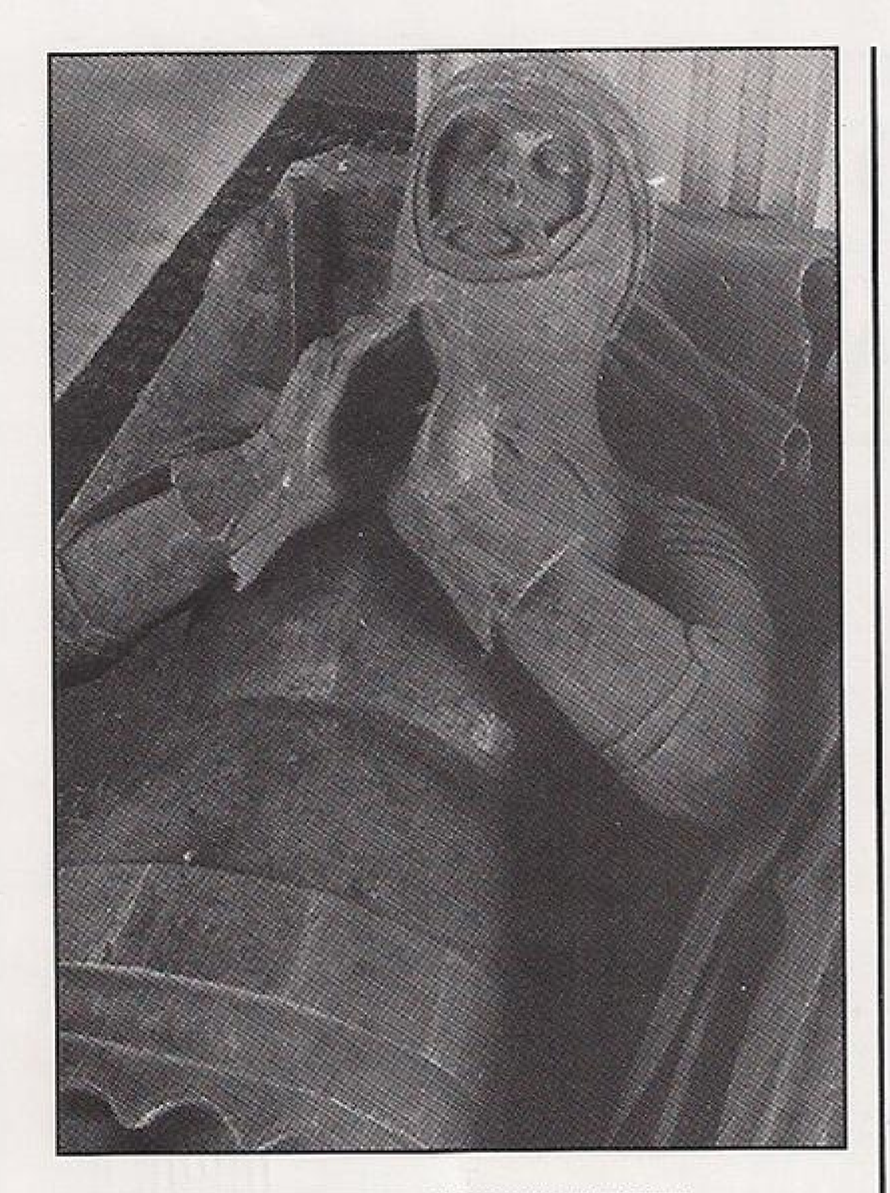
En los primeros meses de 1415 las negociaciones entre Francia e Inglaterra fracasaron inevitablemente, y el 11 de agosto la armada del rey Enrique zarpó rumbo a Francia. En su buque insignia, el *Trinité Royale,* Enrique mandó izar la bandera de la Trinidad y Nuestra Señora y el escudo de San Eduardo, San Jorge e Inglaterra. Tres días después los ingleses desembarcaron sin encontrar oposición en la orilla norte del estuario del Sena, cerca de la ciudad fortificada de Harfleur.

Ilustración contemporánea de una batalla que muestra una interesante mezcla de tipos de yelmo: un gran bacinete junto a antiguos bacinetes sin protección para el rostro y un bacinete con un gorjal.



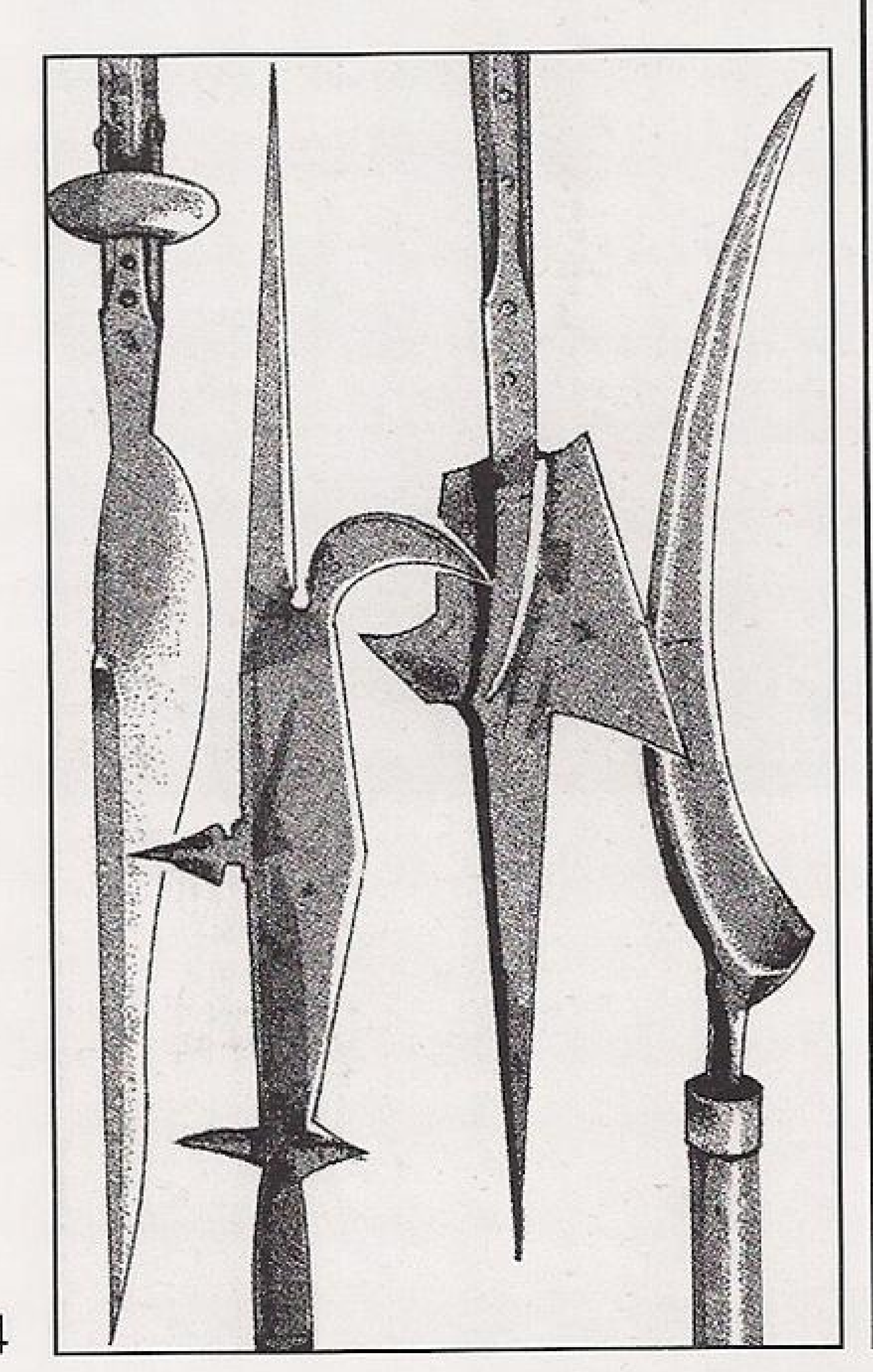
El asedio de Harfleur

La toma de la ciudad de Harfleur era una parte esencial de la campaña de Enrique. Las instalaciones del puerto proporcionarían una cabeza de puente para su ejército, y además estaba situada al principio de la ruta fluvial hacia París, una ruta que llevó a Enrique a través de lo que consideraba su propio ducado de Normandía. Los residentes y la guarnición de Harfleur, previendo los planes de Enrique, se prepararon rápidamente para un largo asedio. Inundaron las tierras llanas al norte de la ciudad, aumentaron la guarnición y enviaron una apremiante llamada de socorro al delfín (título del primogénito del rey francés), que estaba reuniendo un ejército en Rouen.



Efigie de la tumba de Michael de la Pole, conde de Suffolk, que murió de disentería en Harfleur. Su bacinete puntiagudo está unido a un gorjal.

Distintos tipos de armas utilizadas para luchar a pie a principios del siglo XV. De izquierda a derecha: un *glaive*, una pica, una alabarda y una guadaña transformada.



El ataque de Enrique a Harfleur es un excelente ejemplo de la guerra de asedios medieval. El ejército inglés rodeó la ciudad y construyó una red de trincheras y defensas alrededor de sus murallas. Esto fue seguido de un programa de minado, que fracasó debido a la eficacia de la actividad de contraminado francesa. Enrique mandó traer grandes arietes y numerosos trabucos. Los franceses se desquitaron arrojando aceite y agua hirviendo sobre sus enemigos y sus máquinas de asalto, y sus arqueros dispararon unas destructivas flechas incendiarias en las cubiertas y en los armazones protectores de las atalayas rodantes de asalto de Enrique. Los atacantes que intentaban escalar las murallas recibían una lluvia de cal viva o de azufre en polvo. La pólvora también desempeñaba un papel cada vez más importante en la guerra, y ambos bandos tenían cañones primitivos. Algunas piezas de Enrique tenían un cañón de más de tres metros y medio de largo y un calibre de 70 centímetros. Podían lanzar piedras de hasta más de 200 kilos por encima de las murallas de la ciudad y contra los frágiles tejados de las casas, pero su función principal era abrir grandes brechas en las murallas, que los habitantes se apresuraban a rellenar por la noche.

Después de varias semanas la comida empezó a escasear, tanto entre los sitiados como entre los sitiadores. El insalubre aire del terreno pantanoso, el sofocante trabajo en las trincheras y las húmedas noches otoñales empezaron a cobrarse víctimas. Hubo epidemias de fiebre y disentería. La enfermedad fue fulminante a todos los niveles y causó estragos en el ejército inglés. Finalmente, el 22 de septiembre, Harfleur cayó, pero en vez de regresar a Inglaterra para recuperarse, Enrique decidió dirigir a su ejército en una gran cabalgada (correría) y pasear su bandera, cuartelada con las armas de Francia e Inglaterra, por todo el país para indicar que él era el verdadero gobernante de Francia. También sintió que si lograba incitar al ejército francés para que combatiera podría vencerlos.

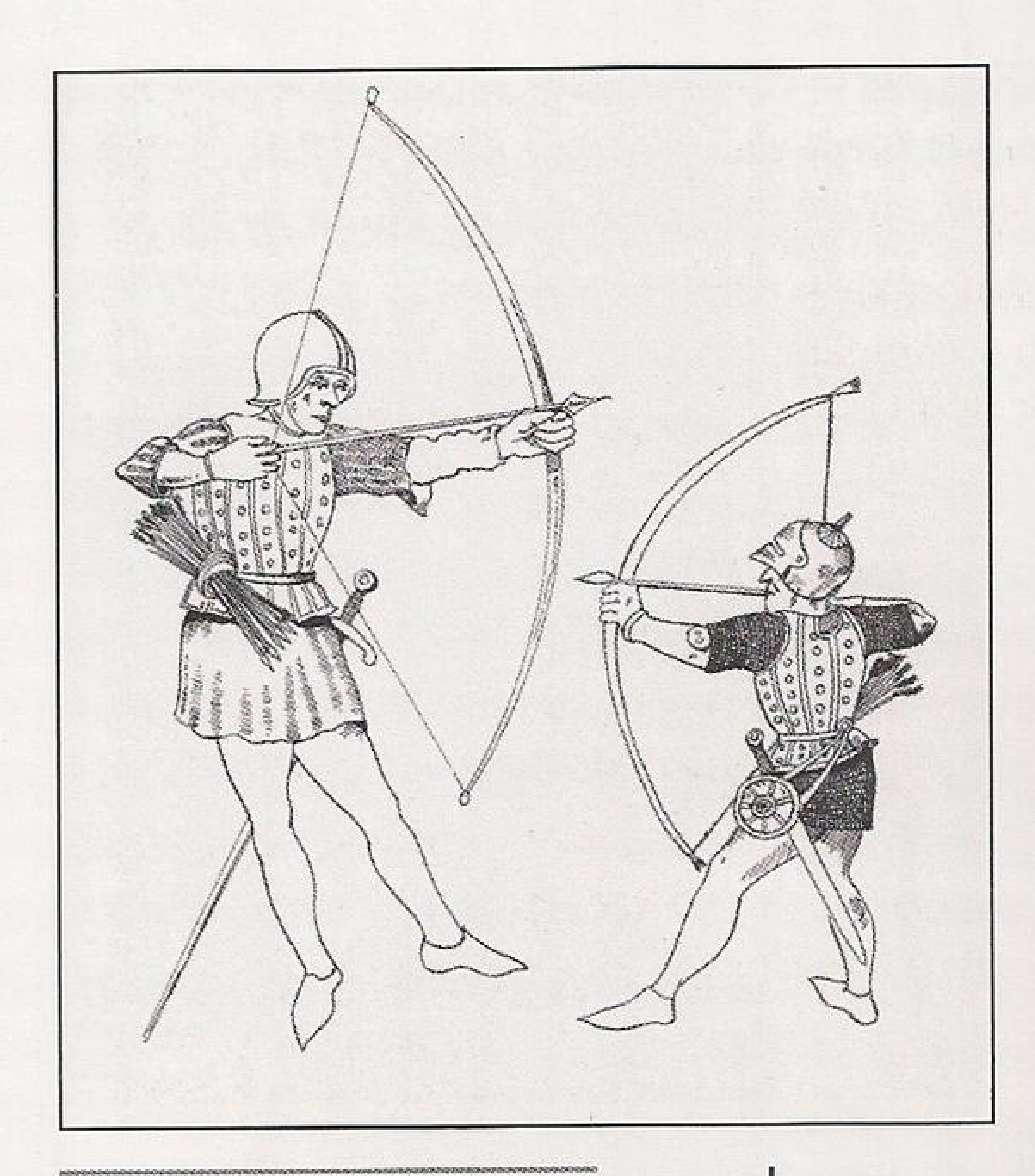
Un cuerpo de unos 1.200 hombres se quedó en Harfleur para defender la ciudad, y el 8 de octubre un pequeño ejército enfermizo de unos 1.000 hombres de armas y 5.000 arqueros emprendió su viaje de 200 millas a Calais con raciones para ocho días. Teniendo que evitar a las tropas francesas que acechaban en la orilla norte del Somme, el ejército inglés encontró finalmente un puente seguro río arriba y el 20 de octubre pudo detenerse a descansar.

Entre tanto, mientras Harfleur estaba siendo sitiada, el delfín y el rey francés habían empezado a reunir un ejército en Rouen. El rey decidió no recurrir a los servicios de Carlos de Orleans y Juan, duque de Borgoña, temiendo que su animosidad dividiera a su ejército. En lugar de eso ordenó a cada uno de ellos que enviara 500 hombres de armas. Carlos, sin embargo, no hizo caso de las instrucciones del rey y se presentó en persona. En Rouen se encontró con los duques de Berry, Alençon y Borbón y el condestable de Francia (la primera autoridad en la milicia en nombre del rey). Más tarde se les unieron el duque de Anjou y el mariscal Boucicaut.

En cuanto los franceses descubrieron los movimientos de Enrique, se envió una avanzada dirigida por el mariscal Boucicaut y el condestable Carlos d'Albret para impedir que los ingleses cruzaran el Somme. El grueso del ejército francés tomó una ruta más al sur, esperando detener al enemigo en Amiens, pero éste se les escapó. Los franceses se dirigieron entonces a Peronne, al este, y esperaron allí. Los comandantes franceses estuvieron todo el tiempo discutiendo sobre cómo iban a derrotar a aquel pequeño y débil cuerpo de hombres. El condestable d'Albret y el mariscal Boucicaut, tal vez recordando derrotas anteriores en Crécy y Poitiers, aconsejaban sabiamente ser prudentes.



(1) Un ballestero francés bien armado con un yelmo tipo *chapel-de-fer*, una chaqueta protectora acolchada y una coraza hasta medio pecho. (2) Un arquero inglés bien equipado con un bacinete sin ala. Lleva la cruz roja de San Jorge simplemente cosida en su brigantina de cuero. (3) Un soldado de infantería francés bien equipado con una cota de malla debajo de un jubón de cuero y armado con un *glaive*, un tipo de lanza parecido a la pica con un filo cortante.



Dibujos de arqueros de la época. Llevan brigantinas de cuero con remaches, espadas, rodelas y flechas sujetas al cinturón.

Dibujo de ballesteros de la época. Uno de ellos está tensando su arco con la ayuda de un molinete y un estribo. Ambos llevan brigantinas sobre una cota de malla.

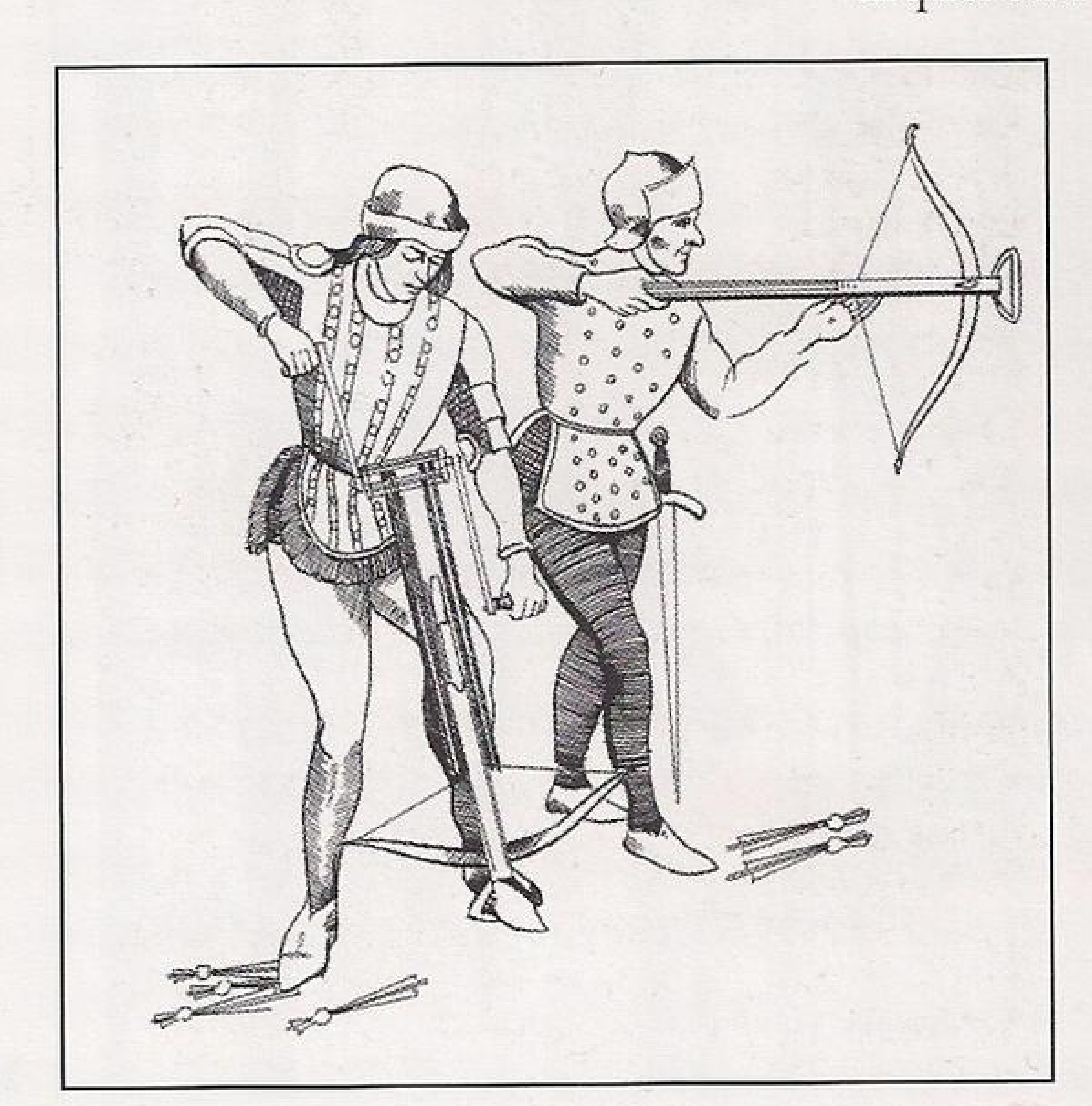
Los duques de Orleans y Borgoña, en cambio, estaban a favor de un ataque inmediato. Su opinión era apoyada por el duque de Berry, que había venido con el influyente contingente de la mejor caballería francesa de su séquito. Finalmente, el condestable cedió ante su ingobernable consejo de guerra, y se ordenó a los heraldos que fueran al campamento inglés y anunciaran las intenciones de los franceses.

Los heraldos dijeron a Enrique que ya que había venido a conquistar su país, los franceses estaban dispuestos a luchar contra él donde y cuando quisiera. Enrique desechó su declaración y contestó que tenía la intención de ir directamente a Calais y que los franceses dificultarían su viaje por su cuenta y riesgo. Luego recompensó a los heraldos con oro y los envió de vuelta con los suyos. La aparente arrogancia de Enrique contradecía sus verdaderos sentimientos, pues su ejército se encontraba en un estado desesperado, enfermo, agotado y medio muerto de hambre. Tendría que luchar, y cuanto más pronto lo hiciera, mejor. Cuando los ingleses reanudaron su marcha hacia Calais, el estado de los campos revueltos indicaba claramente que los franceses iban por delante de ellos. El 24 de octubre por la mañana, una de las avanzadillas de Enrique, desde lo alto de la cadena de montañas de Blagny, vio por primera vez el brillante esplendor del ejército francés avanzando a través del valle debajo de ellos, cortándoles completamente el camino a Calais y su seguridad.

Aquella noche ventosa y lluviosa el ejército inglés descansó en el pueblo de Maisoncelles. Frente a lo inevitable, la mayoría de los hombres afilarían sus armas, preparándose para luchar a la mañana siguiente. En el campamento francés, dentro y alrededor de los pueblos de Tramecourt y Agincourt, el ambiente era muy distinto. Seguros de obtener una victoria fácil, los franceses bebieron y apostaron sobre los importantes prisioneros que esperaban hacer. Pintaron y adornaron un carro en el que pensaban pasear a Enrique por las calles de Rouen.

Los ejércitos

El ejército de Enrique tenía dos tipos de soldados: hombres de armas y arqueros. Ambos podían luchar montados o a pie. Todos los hombres importantes eran caballeros, mientras que muchos hombres de armas eran simples escuderos o soldados rasos. El soldado de infantería más común era el lancero ordinario. Había tres tipos de hombres con armas arrojadizas: los arqueros, los ballesteros y los artilleros. El éxito del arco inglés hacía que los arqueros constituyeran dos tercios de los ejércitos de Inglaterra (y en Agincourt más de cuatro quintos). Los franceses también tenían arqueros pero no los utilizaban con tanta eficacia. Confiaban más en la ballesta, que disparaba un proyectil más rápido pero tardaba mucho más tiempo en recargarse.



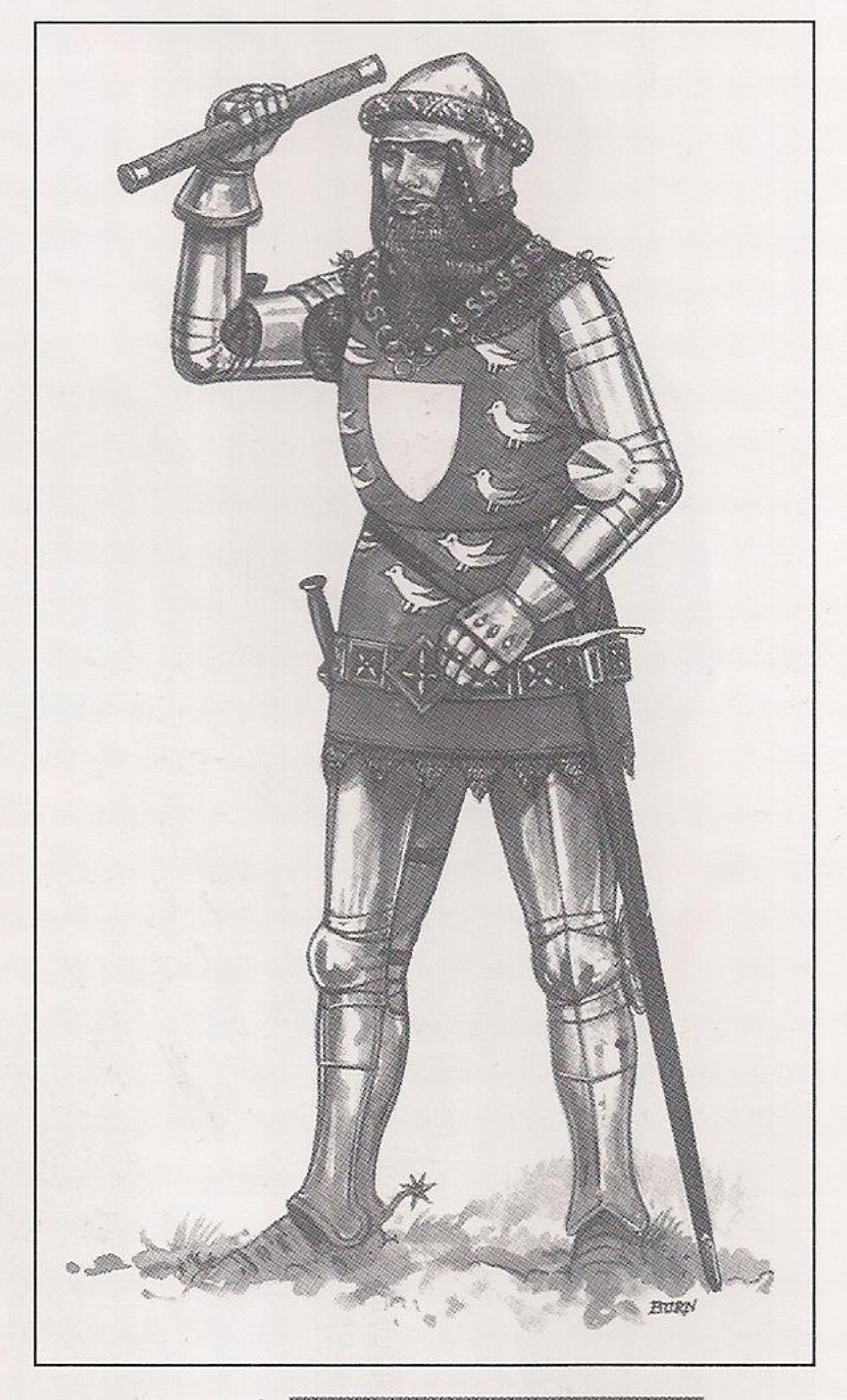
Los franceses tenían con mucho el mayor de los dos ejércitos, aunque el tamaño exacto es difícil de establecer. Comprendía probablemente entre 10.000 y 30.000 hombres. Hasta un 60 por ciento de ellos eran hombres de armas, los demás eran tropas entrenadas de guarnición procedentes de las grandes ciudades y castillos de Francia, con algunos mercenarios de las ciudades del norte de Italia, y las levas feudales. Los comandantes franceses estaban se-

guros de que tenían suficientes hombres para derrotar a los ingleses – se sabe que el condestable D'Albret rechazó una oferta de 6.000 ballesteros de la milicia urbana de París–.

Aunque en aquella época era habitual ver al rey en el campo de batalla, el rey francés no estuvo presente en Agincourt. Parece ser que el condestable D'Albret y los duques de Orleans y de Borgoña compartieron el mando francés. El condestable de Francia habría sido el comandante superior, pero su opinión antes de la batalla pareció ser ignorada y fue incapaz de tener ninguna autoridad sobre la situación. El tamaño del ejército inglés no admite mucha discusión: casi todos los cronistas de la época declararon que comprendía 6.000 hombres, de los cuales 1.000 eran hombres de armas y los demás arqueros. En contraste con los franceses, el rey Enrique V, el comandante en jefe inglés, tenía el mando exclusivo del ejército, y de hecho se involucró tanto en la batalla que fue derribado varias veces y su corona casi se desprendió de su yelmo.

Al rayar el alba fría y lluviosa del 25 de octubre de 1415 los dos ejércitos empezaron a ordenarse en sus posiciones de batalla. Los franceses se colocaron entre Tramecourt en su flanco izquierdo y Agincourt en su flanco derecho, cortando firmemente el camino de Calais al ejército inglés. Sin embargo, su frente quedaba limitado a poco más de un kilómetro por un bosque que bordeaba los dos pueblos. Este estrechamiento de su posición les costaría caro. Las tropas francesas formaron en tres imponentes divisiones, una detrás de otra. Las dos primeras eran hombres de armas a pie. En cada flanco estaba la caballería con sus pesadas armaduras, y delante de la primera división, una gran cantidad de ballesteros y arqueros.

El plan de batalla de los franceses era iniciar el combate lanzando una lluvia de flechas y saetas sobre los arqueros ingleses. La caballería de los flancos cargaría entonces hacia delante y pisotearía al enemigo. Mientras tenían lugar estos dos felices acontecimientos, las dos primeras divisiones francesas de hombres de armas desmontados debían avanzar y luchar contra los hombres de armas ingleses, derrotándolos gracias a su abrumadora superioridad numérica. La tercera y última división francesa se mantendría en reserva, enfrentándose con los supervivientes que intentaran escapar del campo de batalla.



Sir Thomas Erpingham lanzó su bastón al aire para dar la señal de iniciar la batalla. Lleva una armadura completa y una malla protectora en el cuello. Al igual que muchos hombres experimentados, prefirió no llevar visera para tener una mejor visibilidad.

La estrategia parecía bien fundada y pudo haber tenido éxito, pero no tuvo en cuenta el orgullo competitivo de la nobleza francesa. El honor de estar en primera fila era tan importante que estos nobles se abrieron paso a codazos y empujones entre los arqueros y los ballesteros, dejando a casi todos ellos inútilmente situados detrás de la caballería y la primera división de hombres de armas. Cuando el ejército francés estuvo finalmente preparado para iniciar la batalla, había 12 príncipes de sangre real en la primera fila, y en las dos primeras divisiones había miles de duques, condes, barones y caballeros de noble linaje y de familias distinguidas.

Enrique se levantó temprano y justo después de misa se puso su sobretodo bordado, que estaba cuartelado con los escudos de Francia e Inglaterra. Con su corona sobre el bacinete (yelmo), montó un pe-

(1) Thomas, Lord Camoys, comandante del ala izquierda en Agincourt. La armadura de láminas ya había desbancado a la cota de malla. (2) El rey Enrique V llevando el sobretodo heráldico cuartelado con los leones de Inglaterra y la flor de lis de Francia. (3) William Phelipp, Lord Bardolf, teniente de Calais. Lleva su talabarte en diagonal sobre un ancho y enjoyado cinturón que sujeta su daga. Los collares de piezas con forma de "S" son distintivos de la casa de Lancaster. Todos llevan la enseña de la Orden de la Jarretera debajo de la rodilla izquierda





Sir John Codrington, el portaestandarte de Enrique V. Sir John lleva la armadura de transición, con un anticuado bacinete de visera hocicuda y fleco de malla. Su túnica y la barda del caballo exhiben sus armas. El caballo lleva una armadura sobre la cara y el cuello. El cometido de Sir John era recorrer el campo anunciando la victoria inglesa.

queño caballo tordo y se dirigió al lugar donde su ejército estaba ordenándose para la batalla.

Los hombres de armas de Enrique formaban tres pequeñas divisiones. Entre los hombres de armas había grupos de arqueros. En cada ala, y formando una ligera curva hacia delante haciendo que toda la línea fuera algo más cóncava, había más arqueros. El ala derecha estaba dirigida por el duque de York, el ala izquierda por Thomas, Lord Camoys, y el rey dirigía el centro. Los ingleses estaban en un campo de maíz verde con un ligero declive delante de ellos que se elevaba en una pendiente suave del lado de los franceses. Con el ejército inglés ya en posición, el joven rey dirigió unas palabras a sus hombres. Recalcó la justicia de su conquista de Francia, les exhortó a luchar recordándoles su responsabilidad hacia sus familias en Inglaterra, y el hecho de que a cada arquero que se dejara capturar probablemente le cortarían tres dedos de su mano derecha para que nunca volviera a usar un arco al servicio de su rey.

Plano del campo de batalla de Agincourt, 25 de octubre de 1415.

La batalla

La única posibilidad de victoria de Enrique era una estrategia que llevara a los franceses bajo el fuego de los arqueros ingleses, pero los franceses tardaban. A las 11 de la mañana Enrique decidió no esperar más, y llamó al mariscal del ejército, Sir Thomas Erpingham, para que pusiera en posición a los arqueros. Erpingham los colocó muy apretados en formaciones en cuña donde luchaban tan bien. Con los arqueros preparados, lanzó su bastón de mando al aire y gritó: "¡*Nestrocque*!", indicando que el ejército estaba listo para la batalla. Su orden fue contestada por un gran clamor que resonó por todas las filas inglesas. Enrique gritó entonces las órdenes que todos sus hombres llevaban tanto tiempo esperando: "¡Banderas adelante! ¡En nombre de Jesús, María y San Jorge!"

Espontáneamente todo el ejército se arrodilló, trazó la señal de la cruz en el suelo, se inclinó y besó la tierra. Luego todos se levantaron e iniciaron su larga marcha por el campo anegado. Se detuvieron dos veces para que los hombres de armas, con sus pesadas armaduras, recobraran el aliento y para que los arqueros de los flancos mantuvieran su posición. Avanzaban al son de los tambores y las trompetas, y lanzando continuamente el grito de batalla "¡San Jorge! ¡San Jorge!"

La vista de las líneas de soldados ingleses avanzando hacia ellos desconcertó totalmente a los franceses. Habían esperado, seguros de que controlarían el ritmo de la batalla. Ahora, viendo que su ejército podía haber perdido la iniciativa, el condestable D'Albret ordenó a sus hombres que confesaran sus pecados, atacaran a los ingleses y lucharan valientemente.

Cuando estuvieron a unos 200 metros de la primera división francesa los ingleses se detuvieron, y los arqueros clavaron en la tierra

blanda una barrera de estacas de madera afiladas. Retirándose detrás de sus defensas, empezaron a lanzar una lluvia de flechas mortales en las apretadas filas francesas.

La caballería pesada francesa, al mando de Sir William de Saveuses, cargó desde el flanco derecho, con la velocidad de su ataque reducida a un paso lento a causa del barro pegajoso del suelo empapado. Apuntaban al flanco izquierdo inglés, pero los arqueros apostados allí, con sus filas junto al bosque de Agincourt, no cedieron terreno y a la caballería francesa le fue imposible arrollar su línea. Pronto todo el ataque se redujo a un asalto frontal, pero ni siquiera los caballeros que sobrevivieron a las lluvias de flechas pudieron abrirse paso por la barrera de estacas. Muchos caballos, empujados hacia delante por el ímpetu de los que iban detrás de ellos, o enloquecidos por las numerosas flechas clavadas en su carne, acabaron empalados en las estacas, y sus jinetes rápidamente despachados por los arqueros –entre ellos su comandante, De Saveuses–.

Ahora la imponente primera división francesa avanzó pesadamente en línea, pero las flechas empezaron a reducir sus filas y los hombres formaron en columnas. Esto no les proporcionó protección durante mucho tiempo. Pronto el fuego cruzado de los arqueros en los márgenes externos y el estrechamiento del espacio entre los dos bosques obligaron a los hombres de armas a cerrar filas. Avanzaron. Cada paso era un esfuerzo físico en la ciénaga que había quedado tras el paso de la caballería. No obstante, se abrieron paso hasta adentrarse en las filas inglesas, haciendo retroceder la línea enemiga. Pero no pudieron explotar su éxito inicial pues ahora estaban tan apretados que muchos de ellos no podían levantar sus brazos por encima de la cintura. Y lo que era aún peor, la presión ejercida desde la parte trasera estaba tirando al suelo a los de delante, que incapaces de levantarse eran pisoteados en el barro por sus propios compañeros.

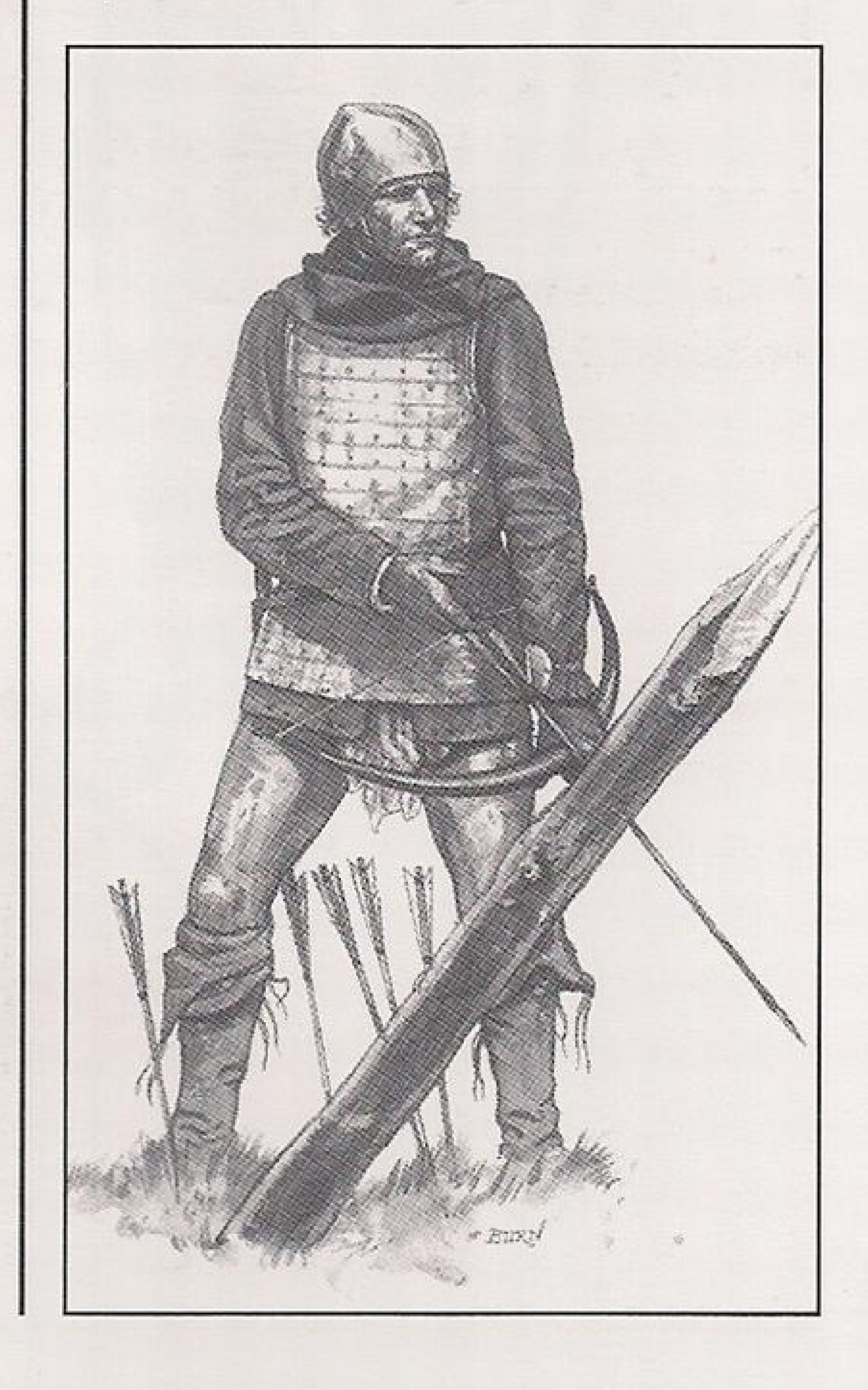
Los ingleses se recuperaron enseguida de aquel primer impacto y sacaron partido de la confusión reinante. Mataron a muchos de los franceses que estaban apiñados con relativa facilidad. Los arqueros también tiraron al suelo sus arcos y sus flechas y se lanzaron a la matanza. Muchos cogieron armas desechadas: mazas, espadas largas, hachas y letales martillos de guerra. El duque de York fue arrojado al suelo y golpeado hasta la muerte. Cerca de allí, Enrique fue derribado varias veces y tres de sus escuderos galeses murieron a su lado.

Viendo que la batalla estaba tomando mal cariz, los caballeros de la segunda división francesa empezaron a abandonar el campo de batalla. Los duques de Alençon y Bar les suplicaron que se quedaran y volvieron a la lucha, donde dicen que D'Alençon hirió al hermano menor del rey inglés, el duque de Gloucester. Momentos después un soldado inglés asestó un fuerte golpe a D'Alençon con su hacha de guerra, matándolo en el acto.

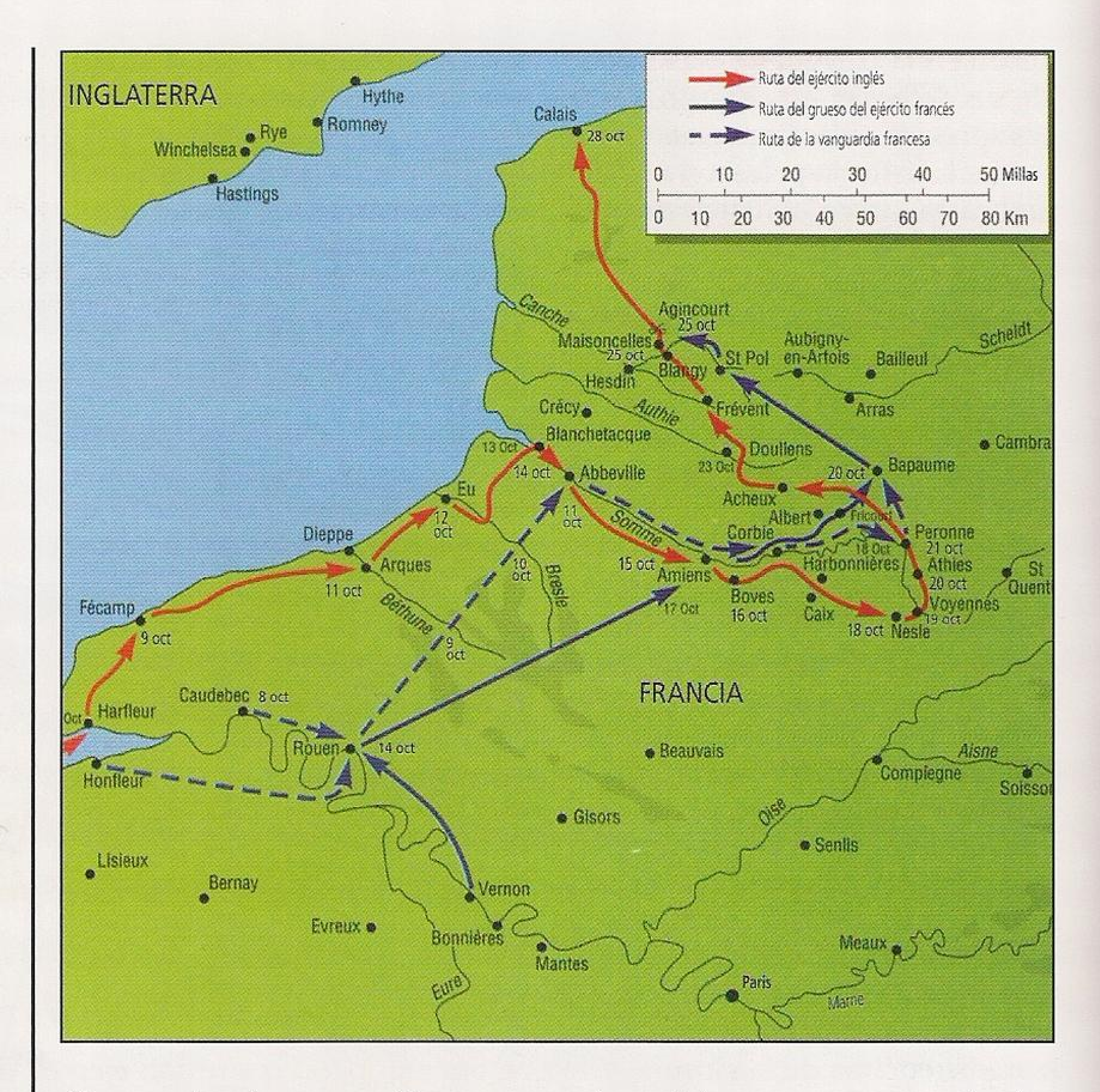
El duque de Brabante, hermano menor del duque de Borgoña, llegó tarde, sin armas ni armadura. Venía de una boda de familia y había tenido que cabalgar mucho y deprisa. Se puso la armadura de su chambelán, cogió un arma desechada y se unió a la lucha. Lo mataron.

Para entonces los ingleses habían hecho tantos prisioneros que éstos eran más numerosos que todos los supervivientes del ejército inglés. Al llegar a este punto toda la tercera división francesa que había estado esperando y observando el horrendo espectáculo de la muerte de sus más grandes nobles y caballeros empezó a retirarse. Creyendo que su intención era atacar a los ingleses por la retaguar-

Un arquero inglés en Agincourt situado detrás de la barrera protectora de estacas de madera. Lleva un sencillo casco de hierro y una brigantina remachada. Varias fuentes señalan que los arqueros enfermos de disentería lucharon sin sus pantalones en Agincourt, de ahí las calzas y el taparrabo.



La marcha a Agincourt.



dia y temiendo que pudiera unirse a los prisioneros y vencer a los ingleses, Enrique ordenó la muerte de todos los prisioneros. Los caballeros ingleses estaban horrorizados, no por motivos humanitarios, sino por la gran suma de dinero que se perdería al no poder exigir rescate. Se cortó la cabeza a los muchos soldados que llevaban armadura pero se habían quitado el yelmo.

Al anochecer, las tropas inglesas habían concluido la tarea de despojar a los cadáveres de sus armaduras, dejando a la flor y nata de la nobleza francesa y a miles de caballeros y soldados yaciendo desnudos y muertos en el campo de batalla. Entre ellos estaban los duques de Alençon, Bar y Brabante, y el condestable Carlos d'Albret. Entre los prisioneros supervivientes estaban el duque de Borgoña, los condes de Eu, Vendôme y Richemont, el mariscal Boucicaut, y el más ilustre de todos, el duque de Orleans.

En comparación las víctimas inglesas fueron pocas, 500 como mucho. Las muertes más notables fueron las del duque de York y el joven conde de Suffolk, cuyo padre había muerto de disentería en Harfleur.

Al día siguiente Enrique y su victorioso ejército recorrieron los últimos 72 kilómetros de su marcha a Calais, llevándose con ellos su botín de guerra y sus importantes prisioneros. Boucicaut y el duque de Borgoña morirían en Inglaterra, pues sus familias no pudieron pagar la enorme suma de dinero exigida por Enrique. Carlos, duque de Orleans, permaneció en Inglaterra durante más de 20 años, y sólo fue liberado a cambio de un rescate de 240.000 escudos y con la promesa de no volver a servir como soldado contra Inglaterra.

Considerando el tamaño y las condiciones físicas de los dos ejércitos, es difícil comprender por qué perdieron los franceses. Indudablemente, la gran potencia de fuego de los arqueros ingleses fue un fac-

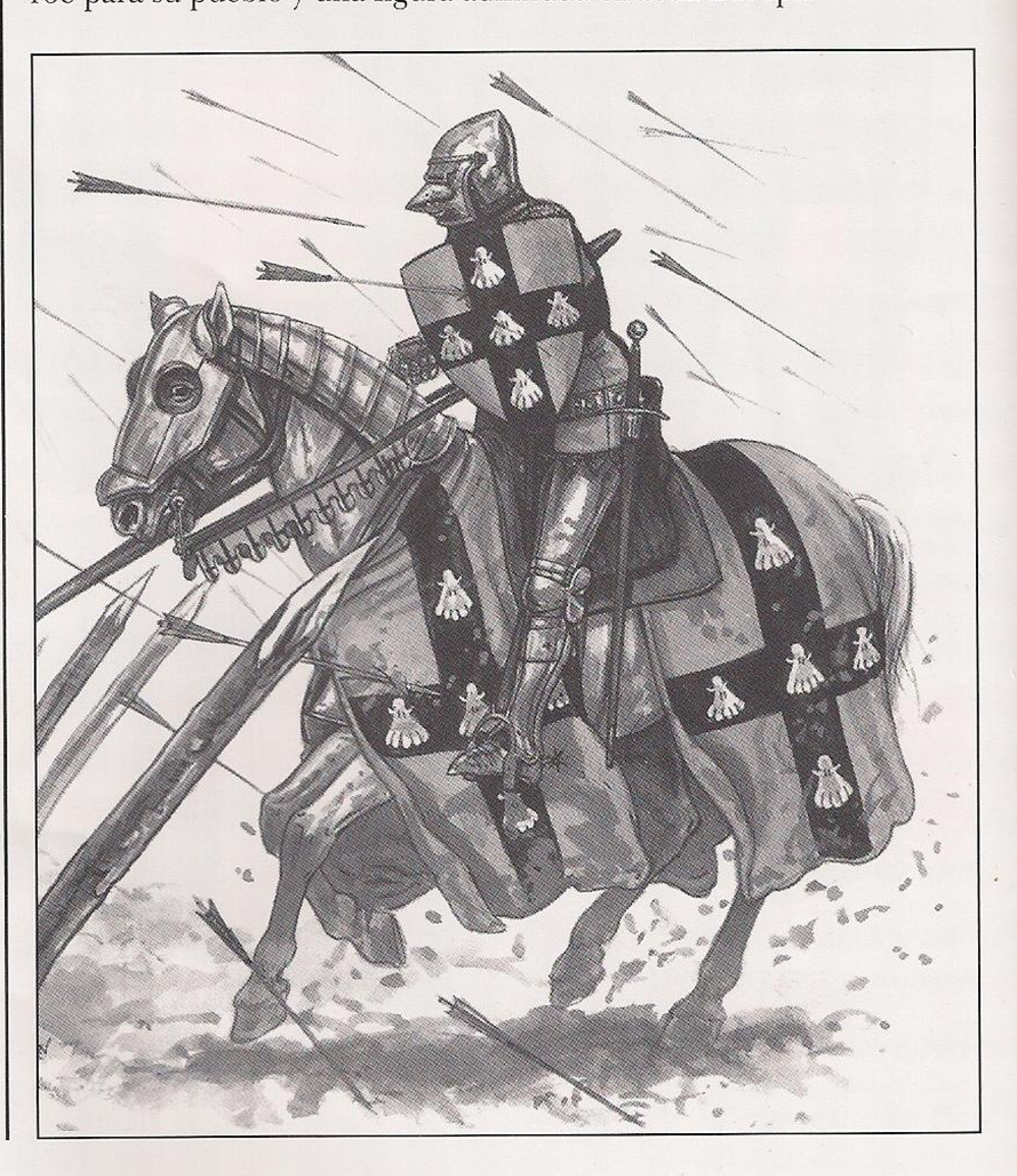
(1) Jean Boucicaut, mariscal de Francia. Lleva unos *sabatons* largos y puntiagudos y unas espuelas aseguradas con unas correas decoradas. Boucicaut fue hecho prisionero y murió en Inglaterra. (2) Carlos d'Albret, condestable de Francia, con una espada de doble filo para el tajo y la estocada. Murió en Agincourt. (3) Carlos, duque de Orleans. Lleva un yelmo articulado que le permite girar la cabeza. Fue encarcelado en la torre de Londres y pasaron varios años hasta que los ingleses, tras cobrar un cuantioso rescate, acabaron liberándole.



tor importante, además del hecho de que ellos, que no llevaban armadura, pudieron luchar eficazmente cuerpo a cuerpo con sus armas de mano después de que los hombres de armas franceses penetraran las líneas inglesas. Pero también hubo otros factores.

Los ingleses tuvieron dos ventajas importantes. En primer lugar, Enrique –un gran jefe militar– dirigió personalmente su ejército. La segunda ventaja fue la gran proporción de arqueros en relación con los hombres de armas. Sabiendo esto, los franceses pudieron haberse retirado, dejando que los ingleses se cansaran en una inútil persecución, o haber cercado a los ingleses en Maisoncelles y dejar que se murieran de hambre. En lugar de eso, cometieron el error de limitar su ataque a un angosto campo de batalla entre los bosques de Agincourt y Tramecourt, donde quedaron expuestos a las copiosas lluvias de flechas inglesas y no pudieron usar sus armas. Además de elegir una mala posición para librar la batalla, los franceses se equivocaron utilizando hombres de armas a caballo y a pie con pesadas armaduras en un terreno empapado por la lluvia que no tardó en convertirse en un pantano. Por último, la dividida estructura de mando francesa, las envidias entre las distintas facciones y las lealtades rivales crearon una inestabilidad que les impidió enfrentarse a los ingleses con un frente unificado.

Fue una victoria famosa, y Enrique volvió a Francia poco después para consolidar sus derechos. En 1420 fue nombrado heredero del trono francés, pero contrajo la disentería y murió en 1422. Fue un héroe para su pueblo y una figura admirada en toda Europa.



Este caballero francés ha mantenido su visera cerrada, pero no puede hacer gran cosa contra la lluvia de flechas inglesas y la barrera defensiva de estacas.